

Las cartas bajo la cal

Una novela de limoneros, silencios y regreso

Por AI eBook Suite (ejemplo)

Índice

1. El olor del azahar

2. Tras la pared

3. Lo que el pueblo recuerda

4. La culpa de Pilar

5. Miel y limones

El olor del azahar

El azahar la alcanzó antes de que viera el pueblo. Lucía bajó la ventanilla del coche en la última curva, cuando la carretera dejó de ser carretera y se volvió un hilo de asfalto resquebrajado entre bancales, y el olor entró de golpe, dulce, espeso, casi una presencia. Hacía años que no lo respiraba. Tuvo que parar en la cuneta y quedarse un momento con las manos en el volante, mirando al frente, donde el mar aparecía entre dos lomas como una lámina de metal azul.

Benaluz era un racimo de casas blancas colgadas de la ladera. Dejó el coche junto a una fuente y siguió a pie por una calle empinada que olía a cal fresca y a pan. Un gato naranja la miró con desdén desde un alféizar. Había pasado tres días en Madrid cerrando planos que ya no le importaban, y un funeral del que se había ido sin apenas hablar con nadie, y ahora, con la maleta golpeándole la pantorrilla, sentía que aquel silencio de pueblo le pesaba más que cualquier reunión.

La casa estaba al final, donde la calle se rendía y empezaba el huerto. Dos plantas, paredes encaladas con un lamparón gris de humedad bajo el alero, una reja de forja con las volutas comidas por el óxido. Al otro lado, el patio: macetas de barro en hileras, geranios resecos, un pozo tapado con una rueda de molino. Lucía metió la llave, que giró con un quejido, y empujó.

Dentro hacía frío, un frío de piedra guardada. Olía a membrillo viejo, a madera, a ausencia. Recorrió la planta baja con los dedos rozando la pared y le quedó en ellos una pelusa de salitre. Cocina de azulejos desportillados, un fogón apagado, una mesa con el hule levantado en una esquina. Sobre el hule, un dedal. Lo dejó donde estaba.

Su cabeza de arquitecta trabajaba sola, a pesar de ella: cubierta a revisar, capilaridad en el muro norte, vigas probablemente sanas, instalación eléctrica de otra era. Una buena casa. Podía venderse bien. Eso se repitió mientras subía la escalera.

—¿Es usted la nieta?

Se giró con el corazón en la garganta. En la puerta del patio había una chica con el mono lleno de yeso, una trenza gruesa y un tablero de azulejos bajo el brazo, como quien no viene de visita sino a trabajar.

—Perdone, estaba abierto. Soy Marina. Arreglo cosas por aquí, albañilería, que no se asuste. Vi el coche y pensé: esa es la de Madrid.

—Lucía —dijo, y se limpió la mano en el pantalón antes de estrechársela—. ¿Tanto se nota?

—Lo del coche, sí. Aquí nadie aparca delante de la fuente, que es donde sale el agua cuando llueve. —Sonrió—. Su abuela me tenía dicho que si algún día venía alguien, que le echara una mano con el tejado. Me lo dijo en febrero, imagínese. Como si lo supiera.

Lucía miró al techo, aunque no hacía falta. La humedad dibujaba un mapa oscuro sobre las vigas.

—Voy a quedarme unos días. A ver qué hay que hacer para venderla.

—¿Venderla? —Marina no pareció ofendida, solo anotó el dato—. Pues para venderla, habrá que quitarle esa mancha y arreglar la reja. Y los limoneros, que hay que podarlos o se los come la maleza. Cuente conmigo, que cobro barato y trabajo rápido.

—¿Y callada?

—Eso ya depende del día.

Rieron las dos, y a Lucía se le aflojó algo en el pecho que no sabía que llevaba apretado.

Salieron al huerto. Los limoneros se extendían en bancales escalonados, cargados de flor blanca, y más allá, entre los troncos, se adivinaba el mar. Había abejas. El suelo estaba alfombrado de pétalos como una nevada pequeña. Lucía caminó despacio, tocando las cortezas. Su abuela había pasado allí sesenta años. Ella, nueve veranos de niña y ninguno después.

—Venga a la Parra a cenar —dijo Marina al despedirse—. Remedios lleva todo el día preguntando si ha llegado. Y a Remedios no se le dice que no.

La taberna tenía una parra enroscada en la puerta, mesas de hierro y un olor a fritura y vino que a esas horas ya era casi una bienvenida. Detrás de la barra, una mujer de pelo cano, brazos fuertes y voz de pregonera dejó caer un paño y salió a su encuentro.

—Si es Carmen en pequeño. ¡Los ojos! Mírame, niña, que te mire.

La agarró de los hombros, la miró de arriba abajo, y por un instante la risa se le quebró en la boca. Después le dio dos besos sonoros.

—Siéntate. Te pongo unos boquerones y no admito réplica. Tu abuela, que en paz descanse, decía que vendrías cuando menos lo esperásemos.

—Pues se equivocó en una cosa: yo no esperaba venir.

—Eso lo dices ahora —Remedios le puso delante un plato, un vaso de vino blanco y una mirada demasiado larga—. ¿Te quedas mucho?

—Lo justo. Arreglar lo imprescindible y vender.

Remedios asintió despacio, limpiando una mancha invisible de la mesa.

—Claro, hija. Claro. Cada cual sabe lo suyo.

Había algo en esa frase, un borde que Lucía no supo nombrar. Comió en silencio, escuchando el murmullo de los parroquianos, que bajaban la voz cuando ella levantaba los ojos.

El teléfono sonó cuando volvía a la casa, bajo un cielo ya violeta. Era su madre.

—¿Has llegado bien?

—Sí. La casa está mejor de lo que pensaba. Y peor.

—Lucía. —La voz de Pilar, tan medida, tan afilada—. No te encariñes. Llama a una inmobiliaria mañana mismo. Que la vea alguien, que la tase. Cuanto antes.

—Mamá, acabo de entrar. Es la casa donde naciste.

—Precisamente.

El silencio se estiró entre las dos, cargado de años. Lucía oyó, al otro lado, un reloj, el tintineo de una cucharilla.

—¿Por qué no viniste al funeral hasta el final? —preguntó por fin.

—Tenía que irme.

—Era tu madre.

—Ya lo sé quién era. —Una pausa breve—. Haz lo que tienes que hacer y vuelve. Te lo pido por favor.

Colgó antes de que Lucía contestara. Se quedó en el patio con el teléfono caliente en la mano y el azahar cayéndole despacio sobre los hombros. Arriba, en la ventana del dormitorio de su

abuela, la persiana golpeó una vez contra el marco, sin viento.

Unas semanas, pensó. Dejarla limpia, sana, presentable. Un trámite.

Entró y encendió la luz.

Tras la pared

A la mañana siguiente Marina llegó con dos mazos, una carretilla y un pañuelo atado a la frente. Había decidido que el tabique del dormitorio tenía que caer cuanto antes.

—Es lo que le da la humedad —dijo, golpeando la pared con los nudillos—. Escuche. Esto suena a hueco, y a hueco de los de antes, de cuando se tapaba lo que no se quería arreglar.

Lucía había dibujado ya en una libreta el croquis de la planta. Medía, sumaba, y la cuenta no cuadraba: faltaban cuarenta centímetros entre el muro de la escalera y la pared del fondo. Los arquitectos, pensó, también nos fiamos de lo que no suena.

El primer golpe levantó una nube de cal que las hizo toser. El segundo abrió un agujero del tamaño de un plato. Un olor a papel viejo y a tiempo cerrado salió de dentro, y Marina dejó el mazo con cuidado.

—Aquí hay algo.

En el hueco, sobre una repisa de ladrillo, había un paquete envuelto en un trapo de lino amarillento. Lucía lo cogió con las dos manos, como se coge un pájaro. Dentro, atadas con una cinta azul desteñida, una veintena de cartas. El sobre de arriba no tenía remite. Solo, con letra inclinada y firme: *Para Carmen*.

—¿Quiere que me vaya? —preguntó Marina en voz baja.

—No. —Lucía carraspeó—. Sí. No sé. Sigue con la pared, por favor.

Pero el tabique ya no volvió a ser lo importante. Esperó hasta la noche, cuando el último golpe de mazo se perdió calle abajo y el huerto se quedó a oscuras, con solo el rumor lejano del mar. Encendió la lámpara de la mesilla, de pantalla de pergamino quemada, y se sentó en la cama de su abuela con las piernas cruzadas. El lazo cedió sin resistencia.

La primera carta estaba fechada el 14 de marzo de 1975.

Carmen: no sé cómo se escribe esto sin que parezca un delito, y quizá lo sea. Ayer, en el limonar, me dijiste que no volviera. Y volviste tú a la hora de siempre, con el cesto vacío y los ojos claros, y yo comprendí que nadie manda sobre estas cosas. Te escribo para tener dónde guardarte. Rafael.

Lucía alisó el papel con el pulgar. Pasó a la siguiente. Y a la siguiente. Una letra cada vez más apretada, como de quien escribe contra el reloj. *Dejaré un papel doblado bajo la piedra del pozo. Si no hay luna, a las once, junto al último bancal. Trae el chal oscuro, el blanco se ve desde la carretera.* Hablaba del olor del azahar sobre la piel de ella, de una canción que ella había tarareado sin darse cuenta, de las clases en Granada donde pensaba en ella mientras los niños copiaban la lección. Y poco a poco, entre una carta y otra, la ternura iba cediendo sitio a otra cosa.

Hoy han preguntado por mí en la escuela. Dos hombres con gabardina. Preguntaban por mis amistades. No sé si te lo debo decir, pero mejor que lo sepas por mí.

Creo que nos miran. No sé quién. Quizá nadie. Quizá todos.

Vámonos, Carmen. Sé que tienes miedo, yo también lo tengo, pero más miedo me da quedarme. Hay un barco en Málaga a primeros de octubre. Dime que sí con una sola palabra bajo la piedra del pozo, y yo haré el resto.

La última carta, de principios de octubre, tenía apenas cuatro líneas. Te espero el jueves. Si no vienes, lo entenderé. No dejaré de entenderlo nunca.

Lucía alzó la vista. La luz de la lámpara temblaba sobre la cal desnuda del hueco, y por la ventana entraba, tenue, el perfume de la flor. Tenía los ojos húmedos y no sabía desde cuándo. Pensó en la abuela de las fotos, de luto desde siempre, con las manos cruzadas, y no consiguió imaginarla corriendo entre los bancales con un chal oscuro. Qué poco había sabido de ella. Qué poco había querido saber.

Hacia el amanecer, después de dormir mal, bajó al pozo y levantó la rueda de molino. Debajo no había nada, claro. Solo un círculo de musgo y el agua negra, quieta, lejos.

—¿Rafael? —repitió Remedios a media mañana, sin dejar de frotar el mostrador.

—Rafael. Firmaba así. Tiene que haber sido alguien de por aquí, o que venía mucho.

—Pues no caigo, hija. Hubo muchos Rafaeles. —Remedios levantó la voz hacia el fondo de la taberna—. ¡Paco, que se te quema la tortilla!

Paco no tenía ninguna tortilla. Los dos hombres de la mesa del rincón contemplaron con fervor sus cafés. Lucía probó con la mujer del puesto de verdura, con el chico que repartía el

butano, con un anciano sentado en un banco que se llevó la mano a la oreja y dijo que no oía, aunque un momento antes había comentado el tiempo con total claridad. Todos sonreían, amables, y todas las sonrisas se parecían a una puerta que se cierra sin dar portazo.

—Es que el pueblo es chico —le dijo Marina después, sacudiéndose el yeso—. Y lo que se cuenta de los muertos, a veces, no es de los muertos.

—¿Tú sabes algo?

—Yo sé que mi madre cambia de acera cuando le digo ciertos nombres. Nada más. —Se encogió de hombros, pero tardó en mirarla—. Pregunte con tiento.

Esa noche, Lucía llamó a su madre. No pensaba contárselo todo, solo preguntar, como quien tantea un muro.

—Mamá, ¿conoces a alguien que se llamara Rafael? De Benaluz, del año setenta y cinco más o menos.

Al otro lado no sonó nada. Ni el reloj, ni la cucharilla.

—¿Por qué lo preguntas?

—He encontrado unas cartas. Detrás de un tabique, en el cuarto de la abuela. Son de un hombre. Están firmadas...

—Déjalas donde estaban.

—Mamá...

—Lucía, escúchame bien. —La voz de Pilar había perdido toda su compostura, y en su lugar quedaba algo quebradizo, casi joven—. No las leas más. Quémalas, si hace falta. No se remueve lo que está enterrado. No tienes ni idea de lo que estás tocando.

—Entonces dímelo tú.

—No hay nada que decir.

—Hace un segundo había mucho que no leer.

Colgaron las dos a la vez, o eso le pareció. Lucía se quedó en el patio, sola, con el paquete de cartas contra el pecho y la cinta azul enredada entre los dedos. Su madre no había preguntado quién escribía, ni a quién. No había dicho *no sé*. Había dicho *no tienes ni idea*, y eso, pensó, solo lo dice quien sí la tiene. A la mañana siguiente Marina llegó con dos mazos, una carretilla y un pañuelo atado a la frente. Había decidido que el tabique del dormitorio tenía que caer cuanto antes.

—Es lo que le da la humedad —dijo, golpeando la pared con los nudillos—. Escuche. Esto suena a hueco, y a hueco de los de antes, de cuando se tapaba lo que no se quería arreglar.

Lucía había dibujado ya en una libreta el croquis de la planta. Medía, sumaba, y la cuenta no cuadraba: faltaban cuarenta centímetros entre el muro de la escalera y la pared del fondo. Los arquitectos, pensó, también nos fiamos de lo que no suena.

El primer golpe levantó una nube de cal que las hizo toser. El segundo abrió un agujero del tamaño de un plato. Un olor a papel viejo y a tiempo cerrado salió de dentro, y Marina dejó el mazo con cuidado.

—Aquí hay algo.

En el hueco, sobre una repisa de ladrillo, había un paquete envuelto en un trapo de lino amarillento. Lucía lo cogió con las dos manos, como se coge un pájaro. Dentro, atadas con una cinta azul desteñida, una veintena de cartas. El sobre de arriba no tenía remite. Solo, con letra inclinada y firme: *Para Carmen*.

—¿Quiere que me vaya? —preguntó Marina en voz baja.

—No. —Lucía carraspeó—. Sí. No sé. Sigue con la pared, por favor.

Pero el tabique ya no volvió a ser lo importante. Esperó hasta la noche, cuando el último golpe de mazo se perdió calle abajo y el huerto se quedó a oscuras, con solo el rumor lejano del mar. Encendió la lámpara de la mesilla, de pantalla de pergamino quemada, y se sentó en la cama de su abuela con las piernas cruzadas. El lazo cedió sin resistencia.

La primera carta estaba fechada el 14 de marzo de 1975.

Carmen: no sé cómo se escribe esto sin que parezca un delito, y quizá lo sea. Ayer, en el limonar, me dijiste que no volviera. Y volviste tú a la hora de siempre, con el cesto vacío y los ojos claros, y yo comprendí que nadie manda sobre estas cosas. Te escribo para tener dónde guardarte. Rafael.

Lucía alisó el papel con el pulgar. Pasó a la siguiente. Y a la siguiente. Una letra cada vez más apretada, como de quien escribe contra el reloj. *Dejaré un papel doblado bajo la piedra del pozo. Si no hay luna, a las once, junto al último bancal. Trae el chal oscuro, el blanco se ve desde la carretera.* Hablaba del olor del azahar sobre la piel de ella, de una canción que ella había tarareado sin darse cuenta, de las clases en Granada donde pensaba en ella mientras los niños copiaban la lección. Y poco a poco, entre una carta y otra, la ternura iba cediendo sitio a otra cosa.

Hoy han preguntado por mí en la escuela. Dos hombres con gabardina. Preguntaban por mis amistades. No sé si te lo debo decir, pero mejor que lo sepas por mí.

Creo que nos miran. No sé quién. Quizá nadie. Quizá todos.

Vámonos, Carmen. Sé que tienes miedo, yo también lo tengo, pero más miedo me da quedarme. Hay un barco en Málaga a primeros de octubre. Dime que sí con una sola palabra bajo la piedra del pozo, y yo haré el resto.

La última carta, de principios de octubre, tenía apenas cuatro líneas. *Te espero el jueves. Si no vienes, lo entenderé. No dejaré de entenderlo nunca.*

Lucía alzó la vista. La luz de la lámpara temblaba sobre la cal desnuda del hueco, y por la ventana entraba, tenue, el perfume de la flor. Tenía los ojos húmedos y no sabía desde cuándo. Pensó en la abuela de las fotos, de luto desde siempre, con las manos cruzadas, y no consiguió imaginarla corriendo entre los bancales con un chal oscuro. Qué poco había sabido de ella. Qué poco había querido saber.

Hacia el amanecer, después de dormir mal, bajó al pozo y levantó la rueda de molino. Debajo no había nada, claro. Solo un círculo de musgo y el agua negra, quieta, lejos.

—¿Rafael? —repitió Remedios a media mañana, sin dejar de frotar el mostrador.

—Rafael. Firmaba así. Tiene que haber sido alguien de por aquí, o que venía mucho.

—Pues no caigo, hija. Hubo muchos Rafaeles. —Remedios levantó la voz hacia el fondo de la taberna—. ¡Paco, que se te quema la tortilla!

Paco no tenía ninguna tortilla. Los dos hombres de la mesa del rincón contemplaron con fervor sus cafés. Lucía probó con la mujer del puesto de verdura, con el chico que repartía el butano, con un anciano sentado en un banco que se llevó la mano a la oreja y dijo que no oía, aunque un momento antes había comentado el tiempo con total claridad. Todos sonreían, amables, y todas las sonrisas se parecían a una puerta que se cierra sin dar portazo.

—Es que el pueblo es chico —le dijo Marina después, sacudiéndose el yeso—. Y lo que se cuenta de los muertos, a veces, no es de los muertos.

—¿Tú sabes algo?

—Yo sé que mi madre cambia de acera cuando le digo ciertos nombres. Nada más. —Se encogió de hombros, pero tardó en mirarla—. Pregunte con tiento.

Esa noche, Lucía llamó a su madre. No pensaba contárselo todo, solo preguntar, como quien tantea un muro.

—Mamá, ¿conoces a alguien que se llamara Rafael? De Benaluz, del año setenta y cinco más o menos.

Al otro lado no sonó nada. Ni el reloj, ni la cucharilla.

—¿Por qué lo preguntas?

—He encontrado unas cartas. Detrás de un tabique, en el cuarto de la abuela. Son de un hombre. Están firmadas...

—Déjalas donde estaban.

—Mamá...

—Lucía, escúchame bien. —La voz de Pilar había perdido toda su compostura, y en su lugar quedaba algo quebradizo, casi joven—. No las leas más. Quémalas, si hace falta. No se remueve lo que está enterrado. No tienes ni idea de lo que estás tocando.

—Entonces dímelo tú.

—No hay nada que decir.

—Hace un segundo había mucho que no leer.

Colgaron las dos a la vez, o eso le pareció. Lucía se quedó en el patio, sola, con el paquete de cartas contra el pecho y la cinta azul enredada entre los dedos. Su madre no había preguntado quién escribía, ni a quién. No había dicho *no sé*. Había dicho *no tienes ni idea*, y eso, pensó, solo lo dice quien sí la tiene.

Lo que el pueblo recuerda

Lucía no se rindió. Aprendió, eso sí, a preguntar de otra manera: ya no «¿quién era Rafael?», sino «¿qué tal el invierno?», «¿y mi abuela, venía mucho por aquí?». Las respuestas llegaban torcidas, pero llegaban.

Fue Marina quien cedió primero, una tarde, mientras mezclaban cal en un cubo y el huerto zumbaba de abejas.

—Yo tendría ocho años —dijo, sin levantar la vista de la paleta—. Jugábamos en la plaza a una cosa que nos habíamos inventado, a «el maestro». Uno hacía de maestro, y los otros lo cogían entre todos y se lo llevaban. No sabíamos de dónde lo habíamos sacado. Mi abuela me dio un cachete que todavía lo noto. «Eso no se juega», me dijo. Y se santiguó.

—¿Y qué más?

—Nada más. Que de pequeña pensé que era un cuento de miedo. —Alzó los ojos—. Ahora ya no estoy tan segura.

Remedios cedió esa misma noche, después de cerrar. Sacó dos copitas de anís, echó el pestillo y se sentó frente a Lucía con un suspiro de quien se descalza.

—Era maestro, sí. De Granada. Venía a dar clases a los chiquillos del campo, los de los cortijos, que no pisaban escuela. Los sábados les enseñaba a leer en el almacén de la

cooperativa, y los padres le pagaban con huevos. —Sonrió, y se le humedecieron los ojos—. Todo el pueblo lo quería. Tenía una forma de hablar que te hacía sentir lista. Y una noche de octubre dejó de venir. Y nadie preguntó. Eso es lo que te quiero decir, niña: nadie preguntó. Así éramos.

—¿Qué le pasó?

—Eso no te lo cuento yo. —Remedios apuró el anís—. Habla con Anselmo. Fue su amigo. Pero ve con cuidado, que ese hombre pesa las palabras como si las vendiera por gramos.

El taller de Anselmo estaba en un callejón junto a la ermita, con la puerta abierta y el suelo sepultado de virutas. Olía a pino, a cola caliente, a cosa hecha con paciencia. Dentro, un anciano de gorra calada lijaba una pata de silla con una lentitud casi litúrgica. No levantó la cabeza.

—Tienes la misma manera de entrar que tu abuela —dijo—. Pidiendo perdón con los hombros.

Lucía se quedó junto al banco. Él le señaló un taburete y siguió lijando. Pasaron varios minutos sin que nadie hablara, y ella, que en Madrid no soportaba una pausa de más de tres segundos, comprendió que aquello era una prueba. Esperó. Miró las herramientas colgadas por tamaño, la foto desvaída de tres jóvenes riendo junto a un limonero, el cepillo que alguien había heredado de alguien.

—Rafael —dijo por fin Anselmo, y la palabra sonó en el taller como una madera que cae—. Éramos tres. Él, yo y tu abuela. Ella no sabía todavía que era la más valiente de los tres.

—Lo detuvieron.

—Lo vinieron a buscar de noche, a la pensión. Alguien había dado el aviso. —Pasó el pulgar por la pata de la silla, comprobando el pulido—. Lo de sus ideas, sus reuniones, sus libros. Pero en este pueblo había quien sabía, y alguien lo dijo en voz alta.

—¿Quién?

—Eso no. —Fue una negativa tranquila, sin dureza—. No ahora. Cuando uno cuenta lo que no es suyo, tiene que estar seguro de que quien escucha sabrá cargarlo.

—Pero Carmen...

—Carmen se quedó en pie, que no es lo mismo que seguir viva. —Por fin la miró, y tenía los ojos muy claros bajo las cejas blancas—. Siguió cuidando los limoneros, cuidando a su marido, cuidando a su hija. Nunca volvió a cantar. Yo la oía antes desde la carpintería, cuando trabajaba el huerto, y un día dejé de oírla.

Lucía salió del taller con la sensación de haber estado dentro de una iglesia. Caminó hasta casa sin ver nada.

Esa noche, sin saber muy bien por qué, volvió a coger el trapo de lino en que habían venido envueltas las cartas. Lo había dejado doblado sobre la cómoda. Lo sacudió, lo extendió bajo la lámpara y, al pasar los dedos por el dobladillo, notó una rigidez, un cuadrado de papel cosido dentro con puntadas pequeñas, apretadas, de mano de costurera. Descosió con la uña.

Salió una hoja doblada en cuatro, con una letra que no era la de Rafael.

9 de octubre de 1975. Rafael: no fui. Que Dios y tú me perdonéis. Estuve junto a la reja con el chal puesto y no pude. Antonio dormía y Pilar no. Pilar estaba en lo alto de la escalera, mirándome, con los ojos de una niña que ha visto algo que no debía. No me dijo nada. Yo tampoco. Y entendí que si cruzaba la puerta no me iba sola. Ahora dicen que te han llevado y no sé...

La frase se quedaba ahí. Sin firma, sin más. El papel tenía un cerco de humedad, quizá de una lágrima, quizá de una noche de humedad en la pared.

Lucía lo leyó tres veces. *Pilar no dormía*. Se quedó muy quieta, y sintió cómo las piezas, sueltas durante días, empezaban a buscarse entre sí: el silencio de su madre, su prisa por vender, el modo en que había dicho *precisamente* al teléfono, la negativa a quedarse en el funeral hasta el final. No sabía todavía qué sabía su madre. Pero ya no pensaba que fuera una historia de su abuela. Era de las dos. Y quizá, desde hacía cuarenta años, también suya.

Marcó el número a medianoche. Pilar contestó al primer tono; tampoco ella dormía.

—He encontrado otra —dijo Lucía, sin saludar—. Una que la abuela no llegó a mandar. Habla de ti.

El silencio duró tanto que pensó que se había cortado. Después oyó una respiración honda, un temblor contenido.

—¿Qué dice?

—Prefiero que lo leas tú. Aquí, mamá. En la casa.

—No puedo.

—Sí puedes.

Otra pausa. Lejos, muy lejos, el reloj de pared dio una hora que nadie contó.

—Cogeré el tren de mañana por la mañana —dijo Pilar al fin, con una voz que Lucía no le había oído nunca, pequeña y desnuda—. No me esperes en la estación. Prefiero llegar sola.

Colgó. Lucía fue hasta la ventana. Abajo, el huerto brillaba bajo la luna, con los limoneros blancos de flor, y le pareció que todo el valle contenía el aliento.

La culpa de Pilar

Pilar llegó a media tarde, a pie, con un abrigo claro doblado sobre el brazo y una maleta pequeña que no arrastraba, sino que sostenía como se sostiene una excusa. Lucía la vio desde el patio subir la calle despacio, deteniéndose en cada esquina, y por un momento no reconoció a aquella mujer elegante, de espalda recta, que miraba las fachadas como quien comprueba que siguen siendo las mismas.

Se detuvo ante la reja. El óxido de las volutas, el pozo, las macetas secas. Tardó en tocar el hierro.

—Han pintado la casa de Encarna —dijo, por decir algo.

—Hace diez años, según Marina.

—Pues antes era verde.

No se besaron. Pilar entró, dejó la maleta junto a la puerta y se quedó en el zaguán con los ojos cerrados, respirando. Lucía comprendió que olía la casa entera: el membrillo, la cal, la madera, el dulzor que se colaba del huerto. Cuando abrió los ojos estaban brillantes y secos a la vez.

—¿Dónde las tienes?

—Arriba.

Subió delante de ella. Se agarraba a la barandilla igual que su abuela, notó Lucía, con la mano plana, sin apretar. En el rellano Pilar se paró frente a la puerta del dormitorio. El agujero del tabique asomaba al fondo, con sus bordes de ladrillo vivo, y la cama seguía hecha con la colcha de ganchillo.

—Yo dormía ahí enfrente —murmuró, señalando el cuarto de al lado—. Se oía todo. Los pasos, la reja, el pestillo.

Entró despacio. Pasó los dedos por el cabecero, por el borde de la cómoda, por la pantalla quemada de la lámpara. Se sentó en la cama, muy al borde, y Lucía le tendió la hoja descosida del dobladillo sin decir nada. Pilar la leyó. La leyó entera, y cuando llegó a *los ojos de una niña que ha visto algo que no debía*, el papel empezó a vibrarle en la mano.

—Sal —dijo, sin mirarla—. Dame un momento.

—No.

—Lucía.

—No, mamá. Llevo toda mi vida saliendo de las habitaciones donde tú te quedas.

Pilar levantó la cabeza. Se miraron como dos extrañas que descubren que tienen la misma barbilla.

Acabaron en el huerto, porque dentro no cabían. Caminaron entre los limoneros sin rumbo, con la luz de la tarde cayendo oblicua y dorada sobre los bancales y los pétalos pegándoseles a los zapatos. Lucía hablaba deprisa, sin poder frenarse.

—Cuarenta años, mamá. Cuarenta años pasando por delante de esta casa como quien pasa por delante de un cementerio. Yo venía de niña y tú me dejabas en la puerta y te ibas. Nunca me dijiste por qué. Nunca me dijiste nada. Me hiciste crecer a oscuras, y encima me pedías que no tropezara.

—Quise protegerte.

—¿De qué? ¿De la abuela? ¿De mí misma? —Se pasó la mano por el pelo, deshaciendo lo poco que quedaba del recogido—. Llevo tres semanas enterándome de mi propia familia por boca de una tabernera, un carpintero y un montón de cartas. Y tú, al teléfono, diciéndome que las quemara. ¿Quién hace eso?

—Alguien que tiene miedo.

—¿De qué?

Pilar se detuvo junto al último limonero, el del fondo, donde el huerto se abría y el mar aparecía entero, inmenso y quieto, con una raya de espuma lejana. Se quedó mirándolo.

Cuando habló, lo hizo en una voz tan baja que Lucía tuvo que acercarse.

—Yo tenía diecisiete años. Era una niña tonta, Lucía, y quería a mi madre más que a nada, y la veía salir de noche con el chal oscuro y volver con la cara... —Se interrumpió—. Con una cara que yo no le conocía. Pensé que había otro hombre. Pensé que nos iba a dejar. Una tarde, en la mesa, mi padre estaba de mal humor, y yo se lo dije. Así, de golpe. «Mamá sale por las noches al limonar.» Nada más.

El viento movió las ramas. Un pétalo se le quedó prendido en el hombro del abrigo, y no se lo quitó.

—Él no gritó. Eso es lo que no he olvidado. Se quedó callado, mirando el plato, y luego se levantó y salió. No sé adónde fue. No sé a quién se lo dijo. Yo pensaba que iba a pegarle a ella, a encerrarla, no sé. No sabía que había un hombre al que buscaban. No sabía nada de política ni de maestros ni de nada. —Rio sin alegría—. Y a la semana vinieron a por él. Y mi madre dejó de hablarme. No de golpe: dejó de hablarme como se apaga una luz poco a poco. Y yo pensé: lo sabe. Sabe que fui yo.

—Mamá...

—Nunca me lo reprochó. Ni una vez. Eso era lo peor. Me ponía la comida, me peinaba, y yo esperaba el golpe, y el golpe no llegaba. Me fui a Madrid en cuanto pude. Me casé con tu padre sin quererlo mucho, solo porque estaba lejos. Y cada vez que pensaba en volver, me imaginaba a mi madre abriendo la puerta y mirándome con esos ojos que tenía, tan claros, y diciéndome por fin lo que callaba. Y no pude. Y ahora ya no puede decírmelo.

Se le rompió la voz en la última palabra, y fue como si se rompiera una cuerda tensada durante décadas. Lucía vio cómo su madre, tan entera, tan medida, se llevaba una mano a la boca para contener lo que salía igualmente.

No pensó. Dio los dos pasos que las separaban y la abrazó. Pilar estaba rígida, pequeña, oliendo a jabón de lavanda y a tren. Después, de pronto, se aflojó contra su hombro y se aferró a ella con una fuerza que parecía de otra edad. Lucía le apoyó la barbilla en el pelo. Hacía tanto que no se tocaban así, que las dos tardaron en saber dónde poner los brazos.

—No lo sabías —dijo Lucía—. Eras una niña.

—Eso me lo he dicho yo cuarenta años. No sirve.

—Pues ahora te lo digo yo.

Se quedaron así, bajo los limoneros, mientras el sol bajaba y el mar se volvía de cobre. Un golpe de bastón, seco, sonó entonces junto a la tapia.

Anselmo estaba allí, con la gorra en la mano, por primera vez descubierto. Habría llegado sin hacer ruido, quién sabe desde cuándo. Miró a Pilar con una ternura grave, de hombre que lleva mucho tiempo esperando una cita.

—Hola, Pilarica —dijo—. Has tardado.

Pilar se enjugó la cara con el dorso de la mano, sin soltar a su hija.

—Anselmo. Dios mío. Estás igual.

—Estoy viejo, que es distinto. —Hizo girar la gorra entre los dedos—. Y vengo a decirte una cosa que ya no puedo callar más, que a mi edad uno no sabe qué plazo le queda. —Respiró hondo—. Rafael está vivo. Vive arriba, en la sierra, a media hora de aquí. Y lleva años esperando que alguien de esta casa suba a verlo.

El viento se detuvo entre las ramas. Pilar cerró los ojos, y Lucía sintió, contra el pecho, cómo el corazón de su madre daba un golpe sordo, uno solo, como una puerta que por fin se abre.

Miel y limones

Subieron a la mañana siguiente, en el coche de Lucía, por una pista de tierra que serpenteaba entre algarrobos y chumberas. Pilar no habló en todo el camino. Llevaba el abrigo claro sobre las rodillas y las manos entrelazadas encima, como en una sala de espera. Anselmo les había dibujado el camino en el dorso de un papel de lija, con la caligrafía temblorosa de un carpintero: *Después del tercer pozo, a la izquierda. Donde huele a romero.*

Olió antes de verse. Romero, tomillo, y debajo un dulzor tibio, de cera. La finca se abría de pronto en lo alto de la sierra: una casita de piedra, una era, una treintena de colmenas pintadas de blanco y de azul, y abajo, muy abajo, el mar, tan grande que parecía otro cielo.

Un hombre salió de entre las colmenas con un sombrero de ala ancha y una careta echada hacia atrás. Se detuvo. Era alto aún, aunque un poco vencido hacia delante, con la barba blanca y las manos grandes, morenas, de dedos pacientes. Se quitó el sombrero.

—Pilar —dijo. Y nada más.

Ella se había quedado junto al coche, sin atreverse a cruzar la era. Lucía le rozó el codo. Pilar avanzó tres pasos y se detuvo otra vez.

—No sé qué se dice —murmuró.

—Se dice «pasad» —sonrió Rafael—. Que hace sol y la limonada se calienta.

Los sentó bajo un emparrado, en una mesa de madera clara, y trajo una jarra empañada, tres vasos y un tarro de miel espesa, dorada, con un cucharón de palo. Pilar probó la miel y cerró los ojos.

—Sabe a la casa —dijo.

—Es de vuestros limoneros. Tu madre me dejaba poner colmenas en el último bancal. —Se sentó con cuidado, apoyando las manos en la mesa—. Decía que las abejas hacen mejor el trabajo de callar que nosotros.

Habló despacio, sin dramatismo, con la voz pausada del que ha repetido ciertas cosas tantas veces para sí que ya no le hieren. Cuatro años en Carabanchel y en Segovia. Luego la frontera, París, una escuela de barrio donde enseñó a leer a hijos de portugueses. Cartas que no podía mandar. Cuando murió Franco no volvió enseguida: la libertad le dio miedo, dijo, como a un preso que sale y no sabe cruzar la calle. Volvió en el ochenta y tres.

—Entré en Benaluz una tarde de otoño y me senté en la fuente, sin saber a quién buscaba. Y pasó ella con un cesto de limones. Me miró. Yo pensé que se caería. No se cayó. Dijo: «Llegas tarde, Rafael». Y siguió andando.

—¿Y ya está? —preguntó Lucía.

—Y ya está. Después vino otra tarde. Y otra. —Rafael sonrió hacia el mar—. No fue como en las cartas, hija. Éramos otros, y había un marido, y un pueblo, y los años encima. Pero me traía limones los jueves. Nos sentábamos en el último bancal sin decir gran cosa. Eso fue todo, y fue muchísimo. Un cariño tranquilo, de los que ya no necesitan huir.

Pilar tenía los ojos fijos en el vaso. Se le había caído una lágrima en la limonada y la miraba disolverse.

—Yo fui —dijo con un hilo de voz—. Yo se lo dije a mi padre. Yo...

—Lo sé.

—¿Lo sabías?

—Lo supe hace mucho. Tu madre me lo contó la segunda primavera. —Rafael alargó la mano sobre la mesa, sin llegar a tocarla, dejándola ahí, abierta—. Y también me dijo lo que quería que te dijera yo si algún día subías. Se lo hice repetir tres veces para no equivocarme. Dijo: «Que no la culpo. Que nunca la culpé. Que aquella noche la vi en la escalera y lo único que sentí fue ternura, porque era una niña con miedo a perder a su madre, y yo hice lo mismo con la mía». Y dijo: «Que me perdone ella a mí por no habérselo dicho».

Pilar no respondió. Puso su mano sobre la de Rafael, torpemente, como quien toca una cosa que podría deshacerse, y lloró sin ruido, con los hombros muy quietos. Lucía miró hacia otro lado, hacia las colmenas, por darles intimidad. Una abeja se posó en el borde de su vaso y se quedó allí, bebiendo, indiferente.

Cuando se calmaron, Rafael entró en la casa y regresó con una caja de latón que había contenido galletas. La dejó delante de Pilar.

—Tu madre escribía y no enviaba. Decía que las cartas que no se echan al correo son las más sinceras. Me las trajo un día, ya enferma. «Para cuando no esté. Pero que las lea Pilar primero.» —Se encogió de hombros, con una timidez inesperada—. Yo no las he leído. Son tuyas.

Bajaron con la caja entre las dos, en el asiento de atrás, como quien transporta algo vivo. No volvieron a la casa. Se detuvieron en el huerto, en el último bancal, donde un viejo banco de piedra aguantaba la sombra de un limonero. Pilar abrió la tapa. Había una docena de sobres sin sellar, con tinta azul descolorida y un solo nombre: *Rafael*. Y debajo, atadas con una cinta del mismo azul que las otras, tres cartas más. *Para mi hija*.

—Léelas tú —dijo Pilar—. Yo no puedo sola.

—Léelas conmigo, entonces.

Se sentaron muy juntas, hombro con hombro. Lucía sostuvo el papel y Pilar siguió las líneas con el dedo, y la voz de Carmen, que ninguna de las dos había oído de verdad, fue apareciendo entre los renglones: *Hoy ha florecido el del fondo. Pilarica habría dicho que huele a boda. Qué cosas tenía de pequeña*. Una letra lenta, honda, sin una queja. Leyeron hasta que la luz bajó y las abejas volvieron a sus colmenas, y cuando acabaron, ninguna dijo nada. Pilar apoyó la cabeza en el hombro de su hija.

—Tenía los ojos claros —dijo—. Siempre me dio miedo que me miraran tanto. Y resulta que miraban así.

Cenaron esa noche en la Parra, y Remedios, que había adivinado todo sin que nadie le contara nada, lloró detrás de la barra y puso en la mesa lo mejor de la casa sin cobrar un céntimo. Marina trajo vino y se quedó. Anselmo llegó tarde, apoyado en el bastón, y brindó con la gorra puesta.

Al día siguiente, Lucía estaba en el patio con el metro en la mano cuando Marina le preguntó, sin mirarla:

—¿Y la inmobiliaria?

—He cancelado la tasación.

—¿Entonces?

—Entonces hay que arreglar esa reja, subir la cubierta, devolverle al dormitorio la pared que le tumbamos. Pero no entera. —Lucía sonrió—. Quiero dejar el hueco. Con un cristal. Para que se vea.

—Eso no se lo dirás a la estructura.

—Se lo diré a la estructura y a ti, que cobras barato.

—Y trabajo rápido —dijo Marina—. Eso sí, callada, según el día.

Pilar tomó el tren de la tarde. En el andén le sostuvo la cara a su hija con las dos manos, como se mira una casa antes de dejarla.

—Volveré en primavera —dijo—. Cada primavera, cuando huela a azahar. Prepárame la cama de tu abuela.

—La cama de la abuela es tuya.

Pilar asintió. El tren arrancó. Lucía caminó de vuelta bajo un cielo limpio, con el mar al fondo y el aroma de la flor cayéndole despacio sobre los hombros, y por primera vez, al llegar a la reja, no sintió que entraba en una casa ajena, sino que volvía.